

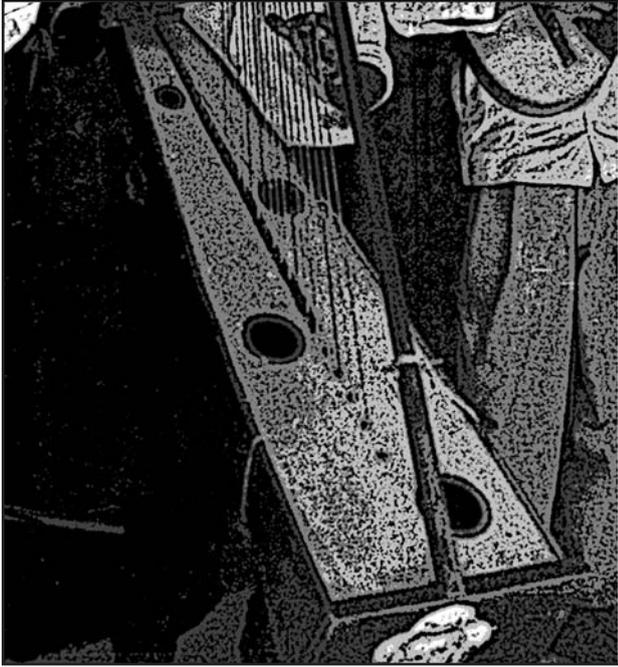
Leandro Corona Bedolla. Memoria viva de los conjuntos de arpa grande en la Tierra Caliente

A principios de julio de 2008, don Leandro Corona Bedolla, violinista de 101 años, estaba muy enfermo de salud, no podía hablar ni sentarse, y con él expiraba una variante musical del son mexicano que será muy difícil volver a escuchar en toda su magnificencia. Las siguientes líneas son un pequeño homenaje a ese hombre, campesino y violinista, que vivió intensamente la historia del sur de Michoacán, de la Tierra Caliente en general. Aquí retomaré algunos relatos que me ha compartido don Leandro en muchas horas de conversación ininterrumpida, una conversación con voz ronca, pausada pero constante, sin dejar de lado detalles.

El violinista se queja amargamente de haber perdido su voz: “Músico que no canta, no es músico completo”, afirma una y otra vez cuando recuerda que él fue durante décadas la voz alta del jananeo, una “voz de huaco”. Don Leandro no fue un innovador ni un compositor en su región, pero llevó a la excelcitud un estilo único de tocar y cantar. Él proviene de una larga lista de músicos de los ahora municipios de La Huacana y Churumuco, zona a la cual identifica con un estilo propio de tocar los sones de arpa grande. Don Leandro no nació ahí, en Tierra Caliente, sino en Tierra Fría, en Urapa, al sur de Ario de Rosales, es decir, su contacto con la música comienza con otro repertorio, puesto que su padre tocaba la *armonía*, instrumento cordófono de cinco órdenes de cuerdas dobles de metal, de menores dimensiones que la guitarra —por la descripción que hace don Leandro, pienso que era como una vihuela sin “joroba” o una jarana huasteca o una jarana jarocho primera—, con la cual se tocaban los jarabes, así como un arpa “jarabera” de 21 o 22 cuerdas —pienso que podría ser parecida al arpa chiquita que se toca entre los nahuas, tenek y totonacos de las huastecas.

Tal información ha sido ratificada por el compadre de don Leandro, don Bernardo Arroyo, al igual que por la familia Murillo, oriundos de El

* Coordinador de la licenciatura en Arte y Patrimonio cultural de la Universidad Intercultural Indígena de Michoacán. Doctor en historia por la UAM-Iztapalapa.



Capote, municipio de Turicato. Vicente Murillo Barajas, de 75 años, sobrino de Juan Murillo, el que tocaba la panzona con el padre y el tío de Leandro, proviene de una familia que tocaba jarabes con armonía, cello y violón —contrabajo de tres cuerdas—.¹ Tales jarabes no fueron aprendidos por don Leandro, ya que en la revolución —que llegó por el año de 1914— quemaron su casa y la tenencia de Urupa, haciéndose necesario huir al sureste, a Tierra Caliente. El conjunto que él vio en El Capote —calculamos que entre 1912 y 1917, época en que Leandro era un niño— era liderado por un maestro violinero llamado Felipe Pedraza; con él tocaban Tranquilino García o Francisco Alcalá en la “requinta” —cordófono de cinco cuerdas de tripa—, Juan Murillo en la “guitarra grande” —guitarra panzona con cuerdas de acero entorchadas—, el tío de Leandro, Zenón Corona Madrigal, en el arpa chiquita —arpa de 21 o 22 cuerdas, como la kora— y el padre de Leandro, Gabriel Corona Madrigal, en la “armonía” —cordófono de cinco órdenes de cuerdas dobles de “alambre”. Este conjunto era el mejor de la región y tiene relación con las descripciones que hizo Rubén M. Campos hacia la década

¹ Los capoteños aún interpretan jarabes a la usanza tradicional, intercambiando el orden de sus partes y en varios tonos. *Yo le daré vuelta al mundo... Los Capoteños. Sonos y jarabes de Turicato, Michoacán, Música y Baile Tradicional A.C./PACMYC/URCP, 2005.*

de 1920: “En el arpa, rechoncho y desgolletado, con las manos tarantulescas, rasca las cuerdas con brío, y el de la jaranita, con melenas y piocha, resquebraja el pequeño instrumento sonoro en un rasgueo sabroso y chillón que es gozo del oído. Las parejas de bailarores se desencuadernan en el zapateo menudo y el aguador en el taloneo redoblado”.²

Resulta interesante que Campos mencione que la jaranita suene chillón, pues implica que no era una guitarra de golpe —también llamada jarana—, sino que tal vez era una “armonía” o “requinta”, instrumento que tocaba el padre de don Leandro. No han sido pocas las veces que don Leandro se queja de que no haya habido forma de grabarlos; para él los jarabes desaparecieron, no se comparan en nada con lo que tocan en Apatzingán. Menciona que se bailaban “pespunteaditos”, al igual que lo describe Campos: “Y enfila sus pies ágiles para seguir a la compañera en un respunteo de pasos ligeros, de movimientos oblicuos de coyote, y en un repiqueteo de talones que llevan el ritmo del jarabe en una multitud de figuras”.

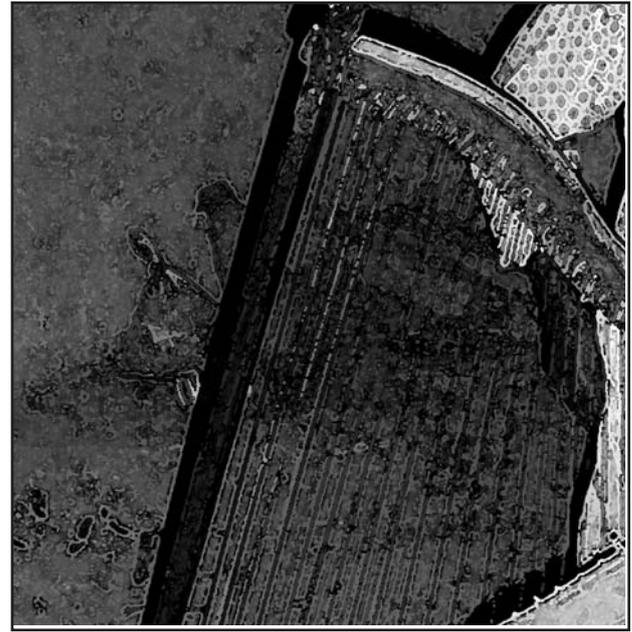
Una vez que se fue Leandro a Tierra Caliente, el grupo de los Capoteños continuó, pero ya no tuvo forma de saber de ellos, pues llegó la revolución. La familia Corona tuvo que huir, primero se fueron a El Salitre, rumbo a Huetamo, pues ahí se encontraba un “revolucionario” que impedía pasar a los huertistas. Poco tiempo después la posición de los constitucionalistas avanzó hasta Poturo, a donde se fue a vivir la familia Corona. En esta época Leandro recuerda haber visto a conjuntos de “arribeño” —así les llama a los conjuntos de tamborita— y empezó a conocer los conjuntos de arpa grande. Como le gustaba la música, se empezó “a juntar” con los músicos; donde quiera que sabía que había baile se iba a escucharlos y observarlos, hasta que se hizo de un violín —con un señor llamado Adrián Rojas— a la edad de 25 años. Don Leandro comenzó a aprender sonos de arpa grande con varios músicos, los cuales le decían cuándo le faltaban “pisadas” en los sonos que Leandro aprendía “de oído”.

Antes de llegar a establecerse en Tierra Caliente, don

² Rubén M. Campos, *El folklore literario y musical de México*, México, SEP, 1946, pp. 41 y ss.

Leandro “rodó” por las orillas del Balsas, pues después de separarse de sus padres que ya habían huido a Poturo, se hizo “aventurero” como a la edad de 20 años, trabajando para un ganadero español que vivía en México, de nombre Venancio Leño, quien “barrió con el ganado de Tierra Caliente”; este ganadero compraba ganado al final de “las aguas”, y después lo engordaba “en secas” ya en Tierra Fría; entonces Leandro Corona tenía que ir a buscar ganado en venta hacia las tierras del sur, al otro lado del Balsas, y transportarlo hasta Pátzcuaro. Iba a La Cofradía, de ahí a Zurucúa, para ir a parar hasta La Unión, cruzando la sierra que hoy pertenece al estado de Guerrero, comiendo venado y cualquier otro animal del monte. Él y sus compañeros arreaban hasta 75 reses, las pasaban por el río metiéndoles un tronco delgado y resistente entre las patas desde el cogote hasta la cola. Llegando a los ranchos de Ario de Rosales cuidaba de los animales hasta por mediados de mayo, cuando los tenía que llevar a Pátzcuaro o Morelia para venderse. En ello se jugaba la vida, ya que tenía que cruzar el río Balsas cuando estaba muy crecido. Estos viajes eran así desde la Colonia; desde el siglo XVI, Churumuco y Sinagua eran “camino muy pasajero para la costa de Sacatula, puerto de Acapulco, Colima, Motines, Guava, Maquili y México”.³

Don Leandro comenzó tocando la guitarra sétima, de siete cuerdas de alambre —no recuerda cuántas eran “endosadas, pero su cuñado, Bernardo Arroyo, sí: era una guitarra de once cuerdas, es decir “cuatro endosadas”— mientras vivía en La Mojonera, cerca de La Huacana; pero la fuerza del son le gustó más. A los 25 años ya tenía a su primera hija en la cuna, a la cual le tocaba con su “periquera”, a decir de su esposa, María de los Ángeles. Su primer compromiso como violinista de arpa grande fue acompañando a Trinidad Mendoza (arpa) y a Gumersindo Huerta (jarana) en un “combate de labor” —se les llama así a los trabajos que se realizan durante la siembra, mientras los “combates de cosecha” se realizan para levantar lo sembrado—. De



ahí en adelante sería uno de los violinistas más buscados, pues poco a poco aprendería a cantar y ejecutar el jananeo alto, hasta llegar a tocar para el general Lázaro Cárdenas en Churumuco, cuando iba de gira de proselitismo rumbo a Guerrero.

Los recuerdos de Leandro Corona son invaluable, pues su memoria está intacta a pesar de sus años. Entre los arperos de más antes que recuerda están Jesús Becerra, su maestro; Rafael de la Cruz, de Poturo, que tocaba sones de arpa grande y “arribeños”; Andrés Medina, de Churumuco; Isidro Tapia, de Palma de Huaro. También de Churumuco eran dos arperos, Beatriz Orozco e Hilario Reyes; la hija de este último también aprendió a tocar bien el arpa. Otro alumno de Jesús Becerra fue Gabriel Castrejón, quien fue hijo de Martín Castrejón, el revolucionario dueño de la hacienda de San Pedro Jorullo, municipio de La Huacana.

Uno de los grandes grupos fueron Los Gualupeños, originarios de Guadalupe Copeo, lugar donde estaban el gran arpero Natividad López, su hermano Simón López (violín), y su primo hermano Esteban López (jarana). El repertorio más viejo que le hemos grabado a Leandro Corona pertenece a este grupo, afamado como ninguno, que fue desintegrándose porque Natividad fue incluyendo a Leandro, pues él ya no podía cantar. Por su parte, Antioco Garibay se llevaba a Simón a tocar y cantar “pa’ Guerrero”, a Coahuayutla y demás ranchos cercanos. Muchos años después le pasaría lo mismo a Leandro, ya que Abundio García

³ Cayetano Reyes García y Álvaro Ochoa (eds.), *Resplandor de la Tierra Caliente michoacana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004. pp. 35 y ss.



—guitarrero nacido en el municipio de Tumbiscatío— fue el último que “más o menos” aprendió el arpa con Leandro, pero que al ser invitado por Juan Pérez Morfín a su grupo, Alma de Apatzingán, dejó solos a Leandro y a José Jiménez, de los cuales ninguno puede ya cantar. Asimismo, Juan Pérez Morfín tiene que buscar violinistas, pues Beto Pineda ya está muy enfermo, y su hermano, Manuel Pérez Morfín, toca más en un mariachi. Por ello, José Jiménez, último segundero de Leandro en el violín, toca a veces con Alma de Apatzingán, pero adecuándose al estilo más moderno de ellos.

Por supuesto hay que recordar al arpero Antioco Garibay, quien era barquero, es decir, pasaba gente y ganado de Michoacán a Guerrero por el Paso del Tamarindo; después se fue a vivir cerca de allí, en el Guayacán. Por esa orilla del Balsas se llegaba de la hacienda de La luz —donde nació el guitarrero Tomás Andrés Huato— a la hacienda de Las Balsas, en Guerrero. Otros arperos fueron Candelario Rodríguez, asesinado en La Huacana; Enrique Espino, de Oropeo, aunque como “era muy asesino”, se fue huyendo a Guerrero.⁴ El otro guitarrero del conjunto de Zicuirán,

⁴ Éste músico es citado por Efraín Vélez como de los últimos arperos del municipio de Coahuayutla, Gro., demostrando la relación estilística entre estas dos zonas; Raúl Vélez Calvo y Efraín Vélez Encarnación, *¡Vámonos al fandango! El baile y la danza en Guerrero*, México, Gobierno de Guerrero/Conaculta, 2006. p. 300; también Los costefños de Coahuayutla. *Baile de tabla*, Conaculta/Kurhaa!, 2004.

Vicente Hernández, de Los Copales, municipio de La Huacana, tocaba con los arperos Martín Hernández —que llegó a tocar jarabes— y Octaviano Beceril; como mataron a este último, “*Chente* lloraba y lloraba a su arpero”, recuerda don Leandro. El hermano de Vicente, Marcial Hernández, también tocó arpa, además de la jarana. De Natividad López aprendió arpa Alfonso Peñaloza, de El Lindero, quien también tocó con Leobardo Benítez, de Guadalupe Copeo. De los hijos de Alfonso Peñaloza ninguno aprendió a tocar en su juventud, pero todavía bailan en las fiestas de cumpleaños de don Leandro.

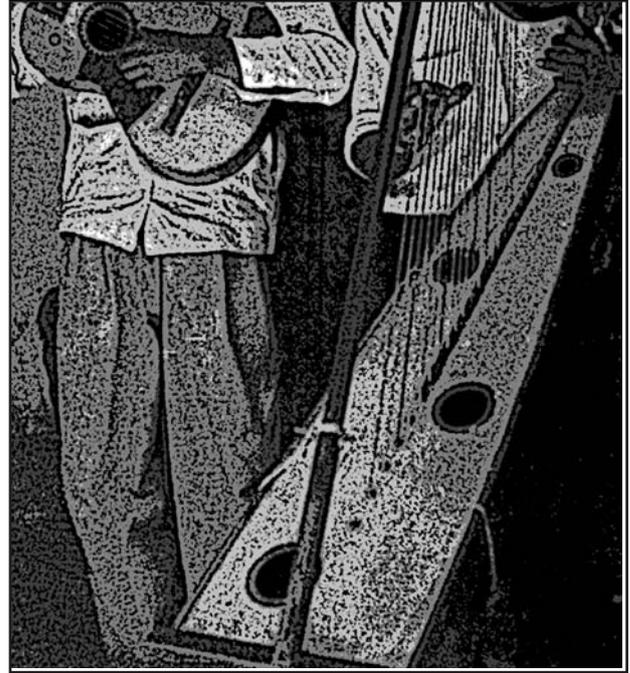
Ya en la época de las grabaciones, Leandro grabó con Raúl Hellmer en 1959, con Antioco Garibay al arpa, Secundino Cuevas en la segunda de violín, Tomás Andrés en la guitarra de golpe, y su hermano, Isaías Corona, excelente tamborero.⁵ Después volvieron a grabar con Hellmer en Zicuirán, ya que él se los pidió, pues le interesaba grabar la fiesta. Estas grabaciones contienen un jarabe de siete minutos, “chilenas” y sones antiguos. En cuanto al baile, Leandro Corona nos refiere los bailes de paño como “La peineta”, “La mantilla”, “El toro rabón”, “La rumbera”, “El listoncillo”, “La Esmeralda”, entre otros, donde la pareja se separaba y se juntaba moviendo un pañuelo con una de las manos. Los sones “de piso” son los jarabes “Los panaderos” y “La botella”. Otros sones son imitativos de algún animal o de lo que dicen los versos como “El pollo”, “La chachalaca”, “La iguana”, etcétera, pero había un son especial que sólo bailaba un tal Simón: “El potorríco”, del cual hay referencias coloniales que lo bailaban los negros con cuchillos; don Leandro recuerda que lo bailaba con cuchillos y se tiraba a la tabla para zapatear con las rodillas, luego con los codos, se acostaba boca abajo y boca arriba hasta que se volvía a parar. Fui buscando bailadores que recordaran tales coreografías y nadie baila ya así ni lo recuerda. Después, de regreso a casa de don Leandro, él me dijo: “lo que te digo es de antes, de la primera generación, esas personas que visitaste ya son de la segunda”, y es que después de la Revolución los sobrevivientes tuvie-

⁵ VV. AA. *La música tradicional en Michoacán. Folklore mexicano*, vol. III (CD), Conaculta- INBA-Cenidim, 1990.

ron que recrear sus fiestas en el lugar donde los hubiera dejado y el azar.

Posteriormente, Baruj Lieberman lo grabó con Vicente Hernández en la jarana y José Jiménez en el segundo violín.⁶ Guadalupe Peñaloza pagó para que se grabara al conjunto con Alfonso Peñaloza al arpa; allí fueron acompañados por Tomás Andrés, José Jiménez e Isaías Corona. Este vinilo contiene sones viejos como “La hormiga”, “La perdiz”, “La perra”, entre otros.⁷ René Villanueva y Thomas Stanford también los grabaron en alguna ocasión.⁸ Durante la década de 1980 se realizó una grabación en una fiesta en Piedra Verde, municipio de La Huacana, donde tocaba al arpa Abundio García, José Jiménez en la segunda de violín, Dolores Franco en la guitarra de golpe, y en el tamboreo se alternaban los amigos y vecinos de Churumuco y La Huacana.

Pero don Leandro no sólo anduvo por estos municipios, también se encontró con músicos de otras regiones cuando los contrataban para competir, cuando acompañaba al señor del Socorro o cuando viajaba con los sinarquistas. Así, Natividad López le decía que había un arpero de Arteaga, Gabriel Capi, que sí tocaba; dos veces se encontraron estos conjuntos de arpa en las inmediaciones de Nueva Italia. Como parte de la Unión Nacional Sinarquista o en las procesiones en que acompañaba a las imágenes católicas, don Leandro llegó a viajar a Petatlán, a Coahuayutla, a Guanajuato, a León, a Morelia, a las cercanías de Arteaga y de Carácuaro, etcétera. En 2006 Leandro Corona tocó para la virgen de Sinagua unos pocos minuets pero muy antiguos —uno que pertenecía a la “Danza del caballito”—. También recuerda muy bien cuando tocaron en la ciudad de México “para las Bellas Artes” por invitación de José Raúl Hellmer y Arturo Macías. Asimismo, se encontró con Ladislao Castrejón, maestro de varios músicos viejos de la actualidad como



Eulalio Benerra y Nicanor Morales, violinistas de más de 80 años. También a don Leandro le gusta recordar al arpero invidente de Aguililla, Teódulo Naranjo, cuando tocaba en Nueva Italia “a peso el son”. En otra ocasión se encontró con el arpero de Los caporales de Santa Ana Amatlán, Rubén Cuevas, siendo ambos reconocidos por la concurrencia como las voces más agudas de Tierra Caliente.

Don Leandro ha tocado últimamente en algunas ocasiones con nosotros, un grupo de jóvenes que queremos aprender su música, pero sus dedos ya no aguantan la tensión de las cuerdas, “todo por servir se acaba”, nos dice. Le hemos tratado de grabar todo: sus relatos de vida, sus percepciones acerca de la vida en Tierra Caliente, su música y hasta su refinado sentido del humor. Ahora que el público prefiere otros géneros musicales modernos, estos músicos viejos se encuentran más aislados que nunca, pero don Leandro está orgulloso de su quehacer en el campo y en la música.

Por último, para cerrar me despediré con un verso dictado por don Leandro que a mi parecer representa su amor a la música y representa en cierta medida la vida de este gran violinista:

*El violín y la guitarra
son mis piedras de amolar,
donde amuelo mi garganta
para empezar a cantar.*

⁶ Antiocho Garibay y su conjunto de arpa grande, *La polvareda*, Discos Corason, 1999.

⁷ Conjunto de arpa grande de El Lindero, municipio de La Huacana, Michoacán. *Sones y gustos de la Tierra Caliente*.

⁸ En las notas de René Villanueva a *Cantos y música de Michoacán*, IPN/Pentagrama, 1997, y en *Música popular de Michoacán*, IPN, 1998.

